

Las torpezas de Maura

Maura es el hombre de la fortuna; todo le sale al revés. Pero en lugar de raciocinar científicamente desahucando lo pesimamente hecho, se obstina en mantenerlo a todo trance, con lo cual sólo consigue ponerse en ridículo. El famoso orador mallorquino no varía. El paso del tiempo no produce en él ningún cambio sensible.

Cuando la famosa cuestión Nozalada, porque los valencianos se le subieron a las narices, se empeñó en que entrara éste en la hermosa ciudad, y se estrelló contra la férrea voluntad de un pueblo que está cansado de aguantar torpezas y fanfarrias. Pero pasó aquello, que fue parte principal en la crisis del automóvil, y ahora, con disgusto del mismo pueblo, encierra en su palacio episcopal a Guisasaola, que abusando de la extremada galantería con que la capital republicana le acogió, insultó los sentimientos radicales de ésta.

No hay para qué criticar la entrada triunfante del arzobispo, pues harto criticada está; lo que no puede pasar sin censuras, sin protestas energicas, es la intranquilidad que reina a la hora actual en Valencia por la satisfacción de un purito vanidoso, que no puede tener ningún ministro, y que, por lo tanto, hace que sobre éste recaiga toda la responsabilidad que pueda haber.

La alarma que desde hace semanas reina allí, dice Maura lo que quiera, es producto del autocratismo conservador. Cuando Guisasaola fué a Valencia, por sus ideas liberales lo llevaron cuando hizo su entrada, si no con entusiasmo, se le acogió con simpatía; después, cuando el resonante comienzo de las protestas obispaes, mientras con ira manifiesta se leían las circulares, se tenía confianza en el criterio del arzobispo, que olvidándose del cariño con que se le miraba, realizó su protesta con palabras sobradas acres, exponiéndose forzosamente a que ocurriera lo que ocurrió. La culpa de todo en él estaba; manteniéndole allí ahora, recae sobre el gobierno.

Es sabido que un gabinete tiene misiones desagradables que cumplir; pero cuando éstas son contra la voluntad firme y mantenida de una población, cumplirlas por el gusto de complirlas, o mejor dicho, realizarlas obedeciendo éstas o aquellas recomendaciones, es sencillamente absurdo, simplemente falta de razón.

Los conservadores, demostrado de manera ostensible el disgusto valenciano, por ningún estilo debían haber contribuido a aumentarlo, llevando a aquella diócesis a una persona que ya no gozaba del respetuoso cariño de sus diocesanos. Los cambios de obispos y arzobispos que frecuentemente se llevan a efecto sirven a maravillas para solventar de manera pacífica este enojoso asunto; pero el absolutismo maurita, ese absolutismo que hizo protestar hace pocos días al Sr. Sanchez Toca y que hará disgregar el partido conservador en plazo no lejano, se mezcló por medio, y tal vez contra el parecer y la opinión del propio interesado, contra lo racional, se llevó a Guisasaola a Valencia, custodiado por la guardia civil como si fuese un recaudador de contribuciones y no un ministro católico, un representante de una religión que se basa en el mutuo afecto, en la dulzura, en la mansedumbre y en la templanza.

Desde que se verificó la entrada, insultado de tal manera un pueblo, el período de anomalía no ha cesado un momento. Y lo peor no es que continúe, sino que, por lo que ve, continuará hasta que quede satisfecha la población.

No se nos oculta que el gobierno, que dispone de grandes fuerzas, puede mantener por un lapso mayor o menor de tiempo a Guisasaola en su puesto, llevándole a todas partes custodiado debidamente. Pero, ¡qué espectáculo para los católicos! ¡Un obispo, representante de una religión noble, predicando amor al prójimo y dulzura acompañado de la guardia civil, de la cual no sabemos nunca más sino que sale a reprimir motines y a perseguir y custodiar malhechores!

No, no puede ser. El propio Guisasaola ha debido comprenderlo así. Los petardos no significan nada, porque quienes los disparan, se incapacitan para protestar. Lo que significa mucho es el disgusto, es la especie de guardia de honor que ha de llevar el pastor de la diócesis valenciana para cumplir su respetable ministerio.

El gobierno, cumpliendo su obligación, se cuidará de que los atentados criminales

no se lleven a efecto, cosa reclamada por todas las personas sensatas; mas al propio tiempo cuidará de no imponer por la fuerza una persona a la que no se admite de buen grado. Tampoco debe olvidar que en el período de elecciones, una chispa pequeña puede producir un gran incendio; la situación creada por las medidas reaccionarias no son lo más convenientes para calmar una agitación popular.

PLUMAZOS

Esclavos por redimir

Tumultos en Barcelona, petardos en Valencia, huelga con sus muertos y heridos en Madrid; no puede pedirse mejor aprovechamiento del tiempo. Si todos los días ocurriesen sucesos análogos a éstos, la misión del periodista se simplificaría mucho, ahorrándonos de la terrible tarea que supone buscar un asunto de actualidad, bueno o malo, para perfeccionar un centenar de líneas que el público lee indiferente, sin comprender que sobre ellas se imprimió los sesos una persona buscando los cotidianos garbanos.

El tiempo actual, con sus luchas de clases, con sus batallas de ideas, produce estas lamentables consecuencias. Muchos hombres se empeñan en crear, y lo que es peor aún, en demostrar que los proletarios, los de «abajo», son máquinas humanas, incapaces de sentir y mucho menos de pensar, y todos sus esfuerzos se encaminan a molestarlos, ahorrándose por medio de leyes sacadas de su cauce ordinario.

Resultado natural. Una semana, dos, cuatro, un mes, un año puede aguantarse una tan injusta y aborrecible postergación; mas al que hace dos, un rato de malhumor, y todos sus esfuerzos se encaminan a molestarlos, ahorrándose por medio de leyes sacadas de su cauce ordinario.

Los cimientos sobre que se asentó la justicia humana hacen factible tales violaciones del derecho natural. Para el Código será muy razonable que se esclavice, que se asesine friamente a un ser que con su pasividad hizo posible tal injusticia, permitiendo y reconociendo el derecho de vida y muerte de otros seres sobre él; pero nunca será legal que los esclavos, cansados del yugo, pidan por un momento que se les desunza, ansioso respirar a plenos pulmones, sin trabas de ningún género. La dejación momentánea de un derecho, ya es sabido, implica la falta de entereza para sostenerlo. El que lo deja, pues, no vuelve a reconquistarlo, porque la sociedad, previosora, tiene un código formado a su antojo para estos casos.

Los huelguistas que caen para no levantarse más, son dignos de compasión; más ellos se tienen la culpa. A los esclavos, tratarlos como tales; a los libres, como personas. Ellos no son más que esclavos; ellos no saben ser otra cosa...

Información especial

EL PRECIO DEL PAN

Los panaderos de Madrid subieron el precio del artículo de primera necesidad que a ellos les da la vida. No perdamos tiempo en averiguar el por qué de esas ya antiguas relaciones entre el precio del pan y las vicisitudes atmosféricas, y cómo es que las consecuencias de una sequía ó la sobra de lluvias, se sienten en los bolsillos de todos antes que en la tierra y sus frutos.

Mas valdría pensar en la causa de estas causas que es un mal del orden político, de cuya existencia nadie quiere darse cuenta. Se habla de la libertad que tiene todo el mundo, para poner precio a lo suyo, si lo pone en venta; de la libre concurrencia, del alza y baja inevitable en los mercados, y de otras bellas cosas que parecen grandes y son, en efecto, grandes naderías; pero nadie trae a colación el clásico «salus populi est el bien general», último fin de las leyes, de los gobiernos y de toda ética posible. No, de eso no se acuerda nadie.

Y la cuestión es obvia. ¿Realmente el

pan es de necesidad general? ¿Su escasez puede ocasionar conflictos? Entonces todas aquellas grandes cosas, libertad de la contratación, efectos de la concurrencia en el mercado, etc., etc., pierden bastante entidad, sobre todo si consideramos este puntito que parece nada y es una montaña: la ganancia segura del panadero y de todos los que trafican en la materia de que se hace el pan. Porque si bien todo el que comercia debe ganar, cuando la materia de tráfico es de primera necesidad, existe un derecho, así a la multitud como a los que la gobiernan, de averiguar hasta donde ese lucro pueda realizarse, sin perjuicio de los más, en provecho de unos pocos.

Y es muy triste que cuando los que gobiernan apuran todos los recursos de la ley y del arte se vean atajados por la inflexibilidad de cuatro caballeros que les dicen: Para asegurar la ganancia que nos ha dado la gana que nuestra industria produzca, tenemos que perjudicar a todo un pueblo.

Antiguamente había un valladar para estas sordideces; algo que si hoy resucitara produciría quién sabe cuánto escándalo y conmoción, pero que podría ser el remedio, la solución de ese conflicto, de la carestía del pan y de otros alimentos de primera necesidad, que se repite a cada momento: «la tasa», la «tasa practicada» con estricta justicia por el poder que interviniera para saber el estado del mercado, y una vez conseguida la ganancia lícita posible, obligaría a los vendedores a no traspasarla en daño de la colectividad.

Esto será muy retrógrado para muchos, muy brutal y todo lo que se quiera, pero resolvería las dificultades y reprimiría esas brutales avaricias, no del agricultor, a veces ni aun del tratante, sino del panadero. Así fuese quien fuese el culpable ó los culpables, la tasa los haría entrar en razón.

Se dice que las autoridades tienen medios de castigar ese abuso. Los tienen. El mismo día que se abren las tabernas para vender el pan con sobre precio, el Gobierno se lo puede decomisar por falta, y al día siguiente lo mismo, y al otro: al cuarto, ó no se hace pan, y acaso fuera un bien eso en la localidad respectiva, ó se vende a precio justo.

Pero ¡ay! que el panadero es elector, y... basta: el sistema parlamentario es muy bueno pero también tiene sus lados flacos y a veces cuesta más que vale.

Licor añejo

Para Augusto de Vivero

Tanteando en la sombra, en busca de ideales, la actividad moderna se agita febrilmente...

La noche es larga y triste, y el resplandor naciente esquiva las tinieblas profundas y glaciales.

¿Cuáles son nuestras dudas? Nuestros temores ¿cuáles?...

¿Por qué la nueva aurora no despunta en la mente del corazón hispano que calla, sufre y siente yo no sé qué dolencias ni qué insensatos males?

¡Oh, doctor sempiterno de la española raza! Tú que con risa y llanto rebosaste la taza del corazón humano: la juventud te implora...

Cabalgantes en tristes y endebles rocines... Mas si nos guía el genio divino de Cervantes, huirá la noche oscura y surgirá la aurora!

JACOBO M. MARIN BALDO.

FLORES NEGRAS

Los floricultores han hecho toda clase de cruzamientos, selecciones, ingertos e injenualaciones para conseguir colores fantásticos y raros en las corolas de las flores. Desde que en el siglo XVI el afán de variar los matices en los tulipanes, llegó a desrollar aquella célebre manía que se asoció con el nombre de tulipomanía y enriqueció a buena parte de la nación holandesa; hasta en nuestros días, no cesan algunos maniacos en buscar nuevos colores y otros más locos en gastarse dinerales por

orquídeas de tal clase, rosas de tal color, y dalias de esta otra forma. La dalia azul es una especie de mirló blanco y hay quien daría la mitad de su fortuna por un bulbo que tales flores diera, y por una rosa negra, el color más difícil de conseguir en una flor, darían la mitad del capital. Sin embargo, con menor coste, aunque sí con algún trabajo, los aficionados pueden satisfacer su capricho, pues las flores negras, completamente azabache, existen, y no una sola especie, sino en relativa variedad.

Bien es verdad que no están a la vuelta de la esquina, pero tampoco crecen en una región inexplorada, sino habitada por gente civilizada. Estas raras producciones vegetales se encuentran en el Africa del Sur y Colonia del Cabo, y para más detalles, si alguno quiere irá dar un paseo y procurarse unos ejemplares, en el distrito de Brkly West. Un viajero las describe así:

«En este distrito crece una flor hermosa, negra, con cinco pétalos puntiagudos, en forma de estrella, de ocho a diez centímetros de diámetro. El tallo de la flor no tiene más de siete centímetros de altura, y las hojas de la planta de un verde azulado, de consistencia carnosa, no levantará del suelo más de doce centímetros.

Esta planta florece a fines de Marzo, ó principios de Abril, es decir, en el Otoño del hemisferio Austral, y la flor presenta un negro igual, dándole aspecto de una flor artificial hecha con el terciopelo más suave y más negro. Hay otra variedad muy parecida a la anterior, que sólo se diferencia de ella en pequeños detalles, más hermosa, pues tiene de 35 a 38 centímetros de diámetro, pero también más rara. Estas flores que tardan algunos días en abrirse por completo, conservan el color negro durante dos ó tres días, al cabo de los cuales se tornan de un granate obscuro. Los indígenas las comen con placer y ponderan su exquisitez.

ATLAS

NOTAS

La huelga de albañiles de Madrid, a la que á penas se le concedió importancia verdadera, no obstante los pesimismo de telegramas y diarios madrileños, la demostrado y demuestra hasta la saciedad lo necesitado que estamos en España de leyes que solucionen satisfactoriamente todo conflicto entre patronos y obreros, desposeyendo del carácter de violencia con que suelen revestirse estas luchas por la vida.

«Precisó que los gobiernos no fien tanto en el poder de la fuerza y paren más la atención en estas necesidades del pueblo. El mal no se corrige ni enmienda con sacar a la calle las fuerzas creadas para otros fines mas nobles. Son necesarias leyes, es preciso legislar sobre materia tan importante, para de una vez, hacer desaparecer la violencia y la sangre de toda lucha del trabajo.

«¿Cuanto mejor no sería para los que los gobiernos en vez de quererlos hacer ganar dinero por mediación de la «Gaceta», nos dieran en la tierra paz y tranquilidad!

Según parece—ya que parte de la prensa madrileña lo da como cosa hecha—el inamovible Don Antonio no dá paz a la mano ni reposo al espíritu, y dentro de unos días tendremos en los espaldas la satisfacción de leer en la «Gaceta» un decreto atinente a la reforma de los Afortunadamente para los bienes espirituales, han comenzado las propagandas religiosas, desde el pulpito, y en pastoreos, exhortaciones á prevenir á los fieles cual es el modo de dar al traste con los picaros libertinos. Como se vé, muy poco hay que distinguir y entre lo mundano y lo divino y aquel manso, suave y adorable fundamento que nos recomenaba antes como único modo de ganar la paz del espíritu.

No en vano pasamos los años, y ya se sabrá que los tiempos, nuevas costumbres.

Y luego hay quien asegura muy serio y muy formal que lo que el problema clerical es una palanbrea inventada por los liberales para combatir lo mas sagrado.

«Dieu soit loué!

EL DEMOCRATA se halla de venta en el kiosko de la Plaza de Joufre.

Se admiten anuncios y suscripciones.

CUENTO

MI MÁSCARA

En el fondo de cada hombre, levantándose de la profunda obscuridad de la conciencia, como un muerto que resucitara, debiera surgir el propio ser, el verdadero hombre que todos nos ocultamos. Vendría a la vida con un látigo en la mano y con un verbo corto, exacto, incisivo y sincero. Saldría de nuestro interior con un salto de Meffistófeles, nos echaría una mirada de análisis y se sentaría enfrente de nosotros, al otro lado de la mesa, con la carnavalesca risa de la situación.

Hace tiempo que yo no voy a los bailes y que el Carnaval alegre es para mí el sentido recuerdo de otros mejores. La ternura, la sensación de esta fiesta, para los años juveniles es de una poesía estremecedora que deja efectivamente un recuerdo muy triste en casi todos los corazones. No nos podíamos sustraer a la vibración que pasaba. La caricia encantadora de la fiesta nos llenaba el alma de ensueños. Una vocación de mujer removía el corazón entonces mucho más en lo hondo que los besos de ahora.

De pronto, en la soledad de mi cuarto de fonda, mientras las vocécitas tintinean por allá bajo calle adelante, una mano golpea en la puerta de mi habitación. Es una mano tal vez. Pero su sonido seco parece indicar, mejor que el tecleo de unos dedos, el golpe continuado de una chata ó de una contera de bastón. El mungo de un látigo también. No sé por qué el mismo ambiente que reina estas noches, la sospecha de algo, el misterio de la fiesta, me estremecieron al oír llamar. Otros días pudiera ser la mano de la pobre camarera que trabaja y trabaja como una bestia por nosotros...

«¡Adelante!» dijo sin levantar la vista de la mesa.

Entonces aparece una cosa terrible que me ahoga de miedo. No creo que sueño ni nada. No creo tampoco que es una farsa subida de la calle, ni una alucinación de mis sentidos, ni un arrebato de mi fantasía. Naturalmente me parece que es una verdad necesaria, pero aterradora. Como la muerte, como la desgracia repentina de la casa... Es la máscara más bromista y siniestra que vi en los carnavales de mi vida. Entraba con el látigo colgando desdenosamente de su muñeca derecha, con los ojos esmerudinosos, llenos de luz, de una llama de sol...

«¿No me conoces?»

Su voz mordía, su gesto irónico de una burla corrosiva, abrasaba mi corazón como una quemadura... Era una máscara espantosa, sin disfraz alguno, con mis propios ojos hundidos y pequeños, mi figura desgarrada y ruin, sin gentileza, mi pelo rebelde y mi cara flaca.

«Soy yo; es decir, tú. Soy Ramón Sanchez Diaz, tu propio ser, tu verdadero ser, escapado un día siquiera de las profundidades oscuras, de la negra sima de tus mentiras... Salgo de tu conciencia, puro, como un niño que padece de las entrañas de una madre mala... Vengo a darte una broma, á sacudirla la cara con este látigo de la verdad...

«¿No me conoces? ¿No me conoces?»

Se movió por toda la habitación, en silencio, sin hacer ruido al hablar, yendo y viniendo un rato, con la actitud de Jesús sobre las aguas.

«No eres bueno. ¿Porque a ardeas de sinceridad? Mientes como todos, y cometes la doble mentira de hacer creer a las gentes que todo lo sacrificas a la verdad. Por tí se ha disputado, defendiendo ese aparente gran amor tuyo. Y has cometido el crimen de engañar a los humildes y sencillos de corazón... Más te valiera tener el valor de ser como la multitud perversa. ¿No podemos ser justos? ¿No podemos amar a la v